

Capitán Ximeno

PEDRO GARFIAS

Mirada azul de Ximeno
en cara de niño bueno.
Mirada de azul cuajado,
de azul acero templado
tan inocente
bajo la paz de la frente.

Dicen, Ximeno, que fuiste
bandolero y que supiste
de la fuga por los montes
hacia aquellos horizontes
donde nadie sabe dónde
un tibio rincón se esconde
para el hombre como el ave
sediento de libertad.
Y quién sabe
si fue mentira o verdad.
Yo te he visto Capitán
en el frente cordobés:
Capitán
del Batallón de Garcés.
Valiente, serio, callado,
gran soldado
sobre tu caballo alzado
qué buena estampa tenías
tu mirada, como el cielo
desperzando su vuelo
sobre lentas lejanías.

Y ahora irás por las veredas
y entre breñas y jarales
-no por blandas alamedas
ni por caminos reales-
a la muerte. Buen Viaje.
Tu pistola sin reposo
y tu caballo nervioso
serán tu solo equipaje.
Y tu silencio y tu afán
desolados...
Capitán
de bandidos y soldados.
Y a mi qué
si yo siempre te veré
con la muerte terca enfrente
y tu mirada inocente
mirándola fijamente.
¡Ay, Ximeno, Capitán
del Batallón de Garcés;
Capitán
de la cabeza a los pies!

PEDRO GARFIAS

(Salamanca, España, 20 de mayo de 1901, Monterrey, N.L., México,
9 de agosto de 1967)

Ultraísta en su juventud y más tarde víctima de la guerra civil española (1936-39, Garfias llega a México hacia 1939, a bordo del vapor "Sinaia". Traído a Monterrey por la Universidad de Nuevo León, ocupa la secretaría del Departamento de Acción Social Universitaria de 1943 a 1947. Posteriormente recorre el país y vuelve a Monterrey en donde muere en 1967.

Garfias es, con toda seguridad, el poeta más querido entre todos los que vinieron a dejar sus raíces en la ciudad. Así lo confirma el entusiasmo que despertó su palabra, la emoción que nos legó su espíritu y la tragedia que constituyó su deceso.

Publicó en vida: *El ala sur* (1926), *Héroes del sur* (1939), *Primavera en Eaton Hastings* (1939), *Poesías de la guerra española* (1941), que le hace ganar el Premio nacional de Literatura en España, *Elegía a la presa de Dnieprostroi* (1943), *De soledad y otros pesares* (1948), publicado en Monterrey por UNL, *Viejos y nuevos poemas* (1951) y *Río de aguas amargas* (1953, en Guadalajara).

Después de su muerte han sido editados: *Antología poética* (1970), preparada por Juan Rejano, *Pedro Garfias, antología homenaje en el quinto aniversario de su muerte* (1972), preparada por Alfredo Gracia Vicente), *El ala sur* (Preparatoria 9 de la UANL, 1980, 2a. ed., 1989), *Pedro Garfias, poeta* (Guadalajara, 1985), *Antología poética* (UNAM, 1985; reimpresión de la preparada por Juan Rejano), *Poesía completa* (Córdoba, Argentina, 1989) y *Antología poética* (México, CNCA, 1990). A todo esto hay que agregar un curioso libro de artículos taurinos que el Gobierno de Nuevo León le publicó en 1983: *De España, toros y gitanos*.

El cariño de Monterrey hacia Pedro Garfias ha quedado de manifiesto en los siguientes libros: *Pedro Garfias, poeta* (1962) de Santiago Roel, Jr., *Elegía a la vida de Pedro Garfias y otros poemas* (1970) de Andrés Huerta; *Pedro Garfias, rebeldía creativa; ensayo poético* de Luis E. Todd (1979); *Oyeme, Pedro* de Raúl Rangel Frías; *Recordando a Pedro Garfias* (1990) de Roberto Chapa Martínez y *Mi amigo Pedro garfias* (1990) de Alfonso Reyes Aurrecochea.

- B. 1.- Lee el texto "Estuvo en la guerra" de Edmundo Valadés.
2.- Resume de qué trata el texto.
3.- Identifica el sistema de valores implícito en el texto.

Estuvo en la guerra

EDMUNDO VALADÉS
en "La muerte tiene permiso"

De pronto, todas las cabezas desaparecieron. Abrió más los ojos. Trató de perforar con la mirada la luz de los reflectores implacables. Sobre el campo, los jugadores corrían en todas direcciones. Un sordo, pavoroso clamor envolvía sus cuerpos sin cabezas. Agitaban sus brazos confusamente. Como si dirigieran su propia macabra danza. La danza macabra.

El estaba tenso. El ruido martilleaba sus tímpanos. Creció su miedo. Ahora los rostros giraban en la cancha. Reflejaban un terror indescriptible. Su propio terror. No perseguían la pelota. Huían desesperados, Brincaban absurdamente. Con el salto mortal del soldado. Desaparecían. Volvían a emerger. Volaban. Destruídos en pedazos al chocar unos contra otros.

Empezó a oír el graznido de las ametralladoras. El ruido del mar. El ruido del miedo. El silbatazo del ataque. Y gritos. Gritos espantosos que le taladraban la espina dorsal. ¿Llegaría a disparar por fin el cañón camuflado bajo la malla del arco?

Reaparecieron las cabezas y los cuerpos. Las cabezas subían y bajaban las gradas. Saltaban a la izquierda y a la derecha. Uno, dos. Uno, dos. A la derecha y a la izquierda. Uno, dos. Rodaban unas sobre otras. Saltaban unas sobre otras. Uno, dos. Lo aplastaban. Iban a aplastarlo. Uno, dos. Y los gritos...

Se lanzó por las escaleras. A ganar la playa. A esconderse en las trincheras. La salida. A empujones. Empujando los cadáveres móviles que cerraban el paso.

La puerta. La plaza. Arriba, siempre el cielo. El cielo.

Detuvo un taxi: al hotel.

Cerró los ojos. Los abrió de nuevo. ¿Y el chofer? Había desaparecido. El iba solo sobre el tanque que devoraba las avenidas. Traspasaba los muros. Se estrellaba contra los árboles. Mil reflectores enfocaban su marcha. Más aprisa. Aprisa.

Luego, lo de siempre: el silencio largo.

"¿Le pasa algo?"

Pagó. Entró en el hotel. A su cuarto.

Se desplomó sobre la cama.

A gemir la paz definitivamente perdida para él.

- C. Realiza un comentario donde opines sobre las causas y/o consecuencias de la guerra.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Campo de minas

ITALO CALVINO

-Minado- así había dicho el viejo haciendo girar una mano abierta delante de los ojos, como si limpiara un cristal empañado-. Todo por ahí, no se sabe bien dónde. Vinieron y minaron. Nosotros estábamos escondidos.

El hombre de los pantalones de zuavo miraba por momentos la vertiente de la montaña, por momentos al viejo de pie en el vano de la puerta.

-Pero desde el final de la guerra hasta ahora -había dicho-, hubo tiempo de hacer algo. Ha de haber un paso. Alguien lo conocerá.

<<Tú, viejo, lo conoces bien>>, llegó a pensar, porque seguramente el viejo era un contrabandista y conocía la frontera como el hornillo de su pipa.

El viejo había mirado los remendados pantalones de zuavo, el morral descocido y flaco del hombre y la costra de polvo, desde el pelo hasta los zapatos, testigo de los kilómetros que había recorrido a pie. <<No se sabe dónde>>, había repetido. <<Dónde está el paso. Un campo de minas. >> Y volvió a hacer ese gesto, como si hubiera un cristal empañado entre él y lo demás.

- Digo yo, no será tanta mi mala suerte que me tropiece justo con una mina, ¿verdad? - preguntó el hombre con una sonrisa que le apretaba los dientes como un caqui verde.

<<Eh>>, había dicho el viejo. Sólo eso: <<Eh>>.

Ahora el hombre trataba de recordar la entonación de aquel *eh*. Porque podría haber sido un *eh*, no faltaría más que eso, o un *eh*, nunca se sabe, o un *eh*, nada más fácil. Pero el viejo sólo había dicho un *eh*, sin entonación alguna, desolado como su mirada, como el terreno de aquellas montañas en las cuales hasta la hierba era corta y dura como una barba humana mal afeitada.

Las plantas del lugar no eran más altas que los matorrales y de vez en cuando un pino torcido y gomoso se las arreglaba para dar la menor sombra posible. El hombre caminaba ahora por lo que quedaba de los senderos que remontaban la cuesta, devorados año tras año por los zarzales y sólo batidos por el paso de los contrabandistas, paso de animal montaraz que poca huella deja.

-Tierra maldita- decía el hombre de los pantalones de zuavo-. No veo la hora de estar en la otra vertiente.

Por suerte ya había hecho el trayecto otra vez, antes de la guerra, y podía prescindir de guía. Sabía incluso que el paso era una quebrada en subida, que no era posible minarlo todo.

Después bastaría fijarse dónde ponía los pies: un lugar con una mina debajo debía tener por fuerza algo distinto de todos los otros lugares. Algo: tierra removida, piedras puestas expresamente, hierba más nueva. Allí, por ejemplo. Se veía en seguida que no podía haber minas. ¿No podía? ¿Y esa losa de pizarra levantada? ¿Y aquella franja pelada en medio del prado? ¿Y aquel tronco caído obstruyendo el paso? Se detuvo. Pero el paso estaba todavía lejos, no podía haber minas todavía. continuó.

Tal vez hubiera preferido atravesar de noche los terrenos minados arrastrándose en la oscuridad, no para escapar a las patrullas de frontera, ya que aquéllos eran lugares seguros, sino para escapar del miedo a las minas, como si las minas fueran grandes animales somnolientos que pudieran despertar a su paso. Marmotas: enormes marmotas acurrucadas en cuevas subterráneas, y una que montaba guardia en lo alto de una peña, como suelen hacer las marmotas, y que con un silbido daba

la señal de alarma al verlo. <<A ese silbido>>, pensaba el hombre, <<El campo minado salta por los aires: las marmotas enormes se precipitan sobre mí y me despedazan a mordiscos.>>

Pero jamás hombre alguno había sido mordido por las marmotas, a él lo volarían por los aires las minas. Era el hambre de lo que le sugería esos pensamientos: él lo sabía, conocía el hambre, los juegos de la fantasía de los días de hambre, cuando cualquier cosa vista u oída cobra significado de alimento o de mordisco.

Sin embargo, marmotas las había. Se oía el silbido: guiii... guiii... desde lo alto de las pedreras. <<Si consiguiera matar una marmota de una pedrada>>, pensó el hombre, <<y asarla ensartada en un palo>>.

Pensó en el olor de la grasa de marmota pero sin náuseas; el hambre le daba ganas hasta de grasa de marmota, de cualquier cosa que pudiera masticarse. Hacía una semana que daba vueltas por las chozas, visitaba a los pastores mendigando un pan de centeno, una taza de leche cuajada.

- Ojalá tuviéramos para nosotros. No hay nada - decían y señalaban las paredes desnudas y ahumadas donde sólo quedaba una trenza de ajos.

Llegó a la vista del paso antes de lo que esperaba. Tuvo un repentino gesto de estupor, casi de miedo: no se esperaba que los rododendros estuvieran florecidos. Creía que iba a encontrar delante de sus ojos el valle desnudo, que podría estudiar cada piedra, cada matorral antes de dar un paso, y en cambio se halló hundido hasta las rodillas en un mar de rododendros, un mar uniforme, impenetrable, del que asomaba solamente el dorso de las piedras grises.

Y debajo, las minas. <<No se sabe dónde>>, había dicho el viejo. <<Todo de ese lado.>> Y había hecho girar en el aire las manos abiertas. Al hombre de los pantalones zuavos le parecía ver la sombra de aquellas manos posándose en la extensión de rododendros que se extendía hasta cubrirla.

Había escogido una dirección, a lo largo de una anfractuosidad paralela a la quebrada. Incómoda para caminar, pero incómoda también para quien quisiera minarla. Más arriba los rododendros escaseaban y entre las piedras se oía el guiii... guiiii... de las marmotas, sin tregua, como el sol en la nuca.

<<Si hay marmotas>>, pensó, doblando en esa dirección <<es señal de que no está minado>>.

Pero era un razonamiento equivocado: las minas eran antihombre, el peso de una marmota no era suficiente para hacerlas explotar. Sólo entonces recordó que las minas se llamaban antihombre, y eso le dio miedo. <<Antihombre>>, se repetía, <<antihombre>>.

Esa palabra de pronto había bastado para asustarlo. Evidentemente, si minaban un paso, era para que fuese absolutamente impracticable: le convenía volver atrás, interrogar mejor a los hombres de los alrededores, probar otro camino.

Dio media vuelta para retroceder. ¿Pero dónde había posado antes los pies? Los rododendros se extendían a sus espaldas como un mar vegetal, impenetrable, sin huellas de pisadas. Tal vez estaba ya en medio del campo minado, un paso en falso podría perderlo: daba lo mismo continuar.

<<Tierra maldita>>, pensó. <<Tierra maldita hasta el final.>>

Si hubiera tenido un perro, un gran perro pesado como un hombre para mandarlo delante. Empezó a chasquear con la lengua como si incitara a un perro a correr. <<Tengo que hacer de perro de mí mismo>>, pensó.

Tal vez bastaba una piedra. Había una al lado, grande pero que se podía levantar, muy oportuna. La aferró con la dos manos y la arrojó adelante, lo más lejos posible, hacia arriba. La piedra no cayó lejos y retrocedió rodando hacia él. No había más que tentar la suerte.

Estaba ya en la parte alta de la quebrada, entre las pedreras sospechosas. Las colonias de marmotas habían oído al

hombre y estaban alarmadas. Sus chillidos punzaban el aire como el aire como espinas de cactus.

Pero el hombre ya no pensaba en cazarlas. Había advertido que la quebrada, bastante espaciosa en la entrada, estrechándose poco a poco, y ahora ya no era más que un canal de rocas y de arbustos. Entonces el hombre comprendió que el campo minado no podía sino estar allí. Sólo en aquel punto cierto número de minas, colocadas a debida distancia, podían cubrir todos los pasos obligados. Este descubrimiento, en lugar de aterrorizarlo, le dio una extraña tranquilidad. Bien: ahora estaba en medio de un campo minado, estaba seguro. Ahora no quedaba sino seguir subiendo al azar, como fuera. Si era su destino morir aquel día, moriría; si no, pasaría entre una mina y otra y se salvaría.

Formuló sin convicción este pensamiento sobre el destino: no creía en el destino. Sin duda, si daba un paso era porque no podía hacer otra cosa, era porque el movimiento de sus músculos, el curso de sus pensamientos lo llevaban a dar ese paso. Pero en cierto momento podía darse tanto un paso como otro, la mente dudaba, los músculos se ponían tensos sin dirección. Decidió no pensar, dejar que sus piernas se movieran como las de un autómata, posar los pies al azar sobre las piedras, siempre le quedaba la duda de que fuese su voluntad la que decidiera volverse a la derecha o a izquierda, posar un pie en una piedra o en otra.

Se detuvo. Sentía dentro un extraña agitación hecha de hambre y de miedo, que no podía calmar. Buscó en sus bolsillos: tenía consigo un espejito, recuerdo de una mujer. Tal vez fuera eso lo que quedaría: mirarse en un espejo. En el trozo de cristal espejeante apareció un ojo hinchado y enrojecido; después una mejilla cubierta de una costra de polvo y después los labios secos y agrietados, las encías más rojas que los labios, los dientes... Pero el hombre hubiera querido verse en un gran espejo, verse entero. Hacer girar ese trocito de espejo alrededor de la cara para verse un ojo, una oreja, una nariz, una satisfacción.

Continuó. «Hasta ahora no he encontrado el campo de minas», pensó. «Ahora serán cincuenta, cuarenta, treinta...»

Cada vez que apoyaba el pie, al sentir debajo la tierra dura y firme, respiraba. Un paso, otro, otro más. Esa sensación esquiva que parecía una trampa es en cambio sólida; esa mata de brezo no esconde nada; esa piedra... bajo su peso la piedra se hundió dos dedos. Guiii... guiii... hacían las marmotas. Adelante, el otro pie.

La tierra se convierte en sol, el aire se convierte en tierra, el guiii de las marmotas se convierte en trueno, el hombre sintió una mano de hierro que lo aferraba por los cabellos, en la nuca. No una mano sino cien manos aferrándolo cada una por un cabello, rasgándolo hasta los pies como se desgarran una hoja de papel, en cientos de trocitos.

La cabra en dos patas

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

En un recodo de la vereda, donde el aire se hace remolino, Juá Shotá, el otomí, echó raíces. Entre el peñascal, donde el sol se astilla, el vagabundo hizo alto. Una roca le brindó sombra a su cuerpo, como el valle le ofreció reposo y deleite a su vista. En torno de él, las cañas de maíz crecían si acaso dos cuartas y se mustiaban enfermas de endeblesces. El indio fue testigo impávido de las lágrimas y del sudor vertidos sobre la sementera para apagar la sed de los sembradíos y el hambre de los sembradores.

Pegado a la roca, aclimatado como los árboles peruleros, viviendo como el maguey, sobre la epidermis de un manto calcáreo, Juá Shotá hacía su vida a un ritmo vegetal.

Ofrecía al peregrino una jícara de pulque, en los precisos instantes en que las piernas flaqueaban y la lengua se pegaba al paladar. La gratificación por el servicio era modesta, aunque constante, tanto, que un día del peñasco brotó un techado que era flor del temple, nata del clima. Un techado que se ofrecía todo al caminante, quien nunca soslayaba la satisfacción de permanecer un ratito bajo su sombra.

Cuando al fondo del jacal apareció un armazón de maderos atados con cabos de fibra de lechugilla y sus huecos cubiertos con botellas de etiquetas policromas: "limonada", "ferroquina", "frambuesa", o con paquetes de cigarrillos de tabaco bravo o con latas de galletas endurecidas o con mecapales y ayates -utensilios estos últimos indispensables en el ventorro, cuya clientela de cargadores y buhoneros los reclamaba-, entonces llegó María Petra, obediente al llamado de Juá Shotá, su marido.

Una tarde, de entre los peñascos, como un hongo, surgió la mujer. Venía fatigada; sobre su frente caían madejas negras de pelo; su cuerpo trasudaba la manta que lo cubría; los pies endurecidos se montaban alternativamente uno sobre otro buscando descanso. Doblegada por el peso de la impedimenta envuelta en un ayate, las tetas campaneaban al aire. La viajera no traía las manos vacías; en ellas jugaba un malacate que torcía, torcía siempre un cordel que acariciaba pulgar e índice: hilo de ixtle, que es urdimbre y es trama de la vida india.

Juá Shotá salió a su encuentro y tuvo para ella palabras de bienvenida. Luego preguntó por algo que no veía; ella, haciendo una mueca, se descargó y del bulto extrajo un atado del que brotaban vagidos. A poco Juá Shotá acariciaba a la hija desmedrada y feúcha María Agrícola.

La madre, sin osar mirarlos, sonreía.

La grieta donde se encajaba la vereda se fue ensanchando al paso del atajo de años. La venta de Juá Shotá había crecido y cobrado crédito: caminante que pasaba por aquella vía huraña, caminante que detenía su paso en el tenducho para echar al gaznate un trago de aguardiente o para refrescarse con una tinajilla de pulque. Juá Shotá era ya un hombre gordo, de ademanes y decir desparrajados. Vestía ropa blanquísima y calzaba huaraches de vaqueta. Para estar a la altura de su nueva condición, había traducido su patronímico, ahora la clientela lo conocía por don Juan Nopal. En cambio, María Petra se agostaba en las duras labores de puerta adentro, en lucha eterna con los pétreos cachivaches que formaban el menaje doméstico.

La niña creció entre riscos y cabras. Sus carnes cobrizas asomaban por entre los guñapos que vestía, la cara chata hacía marco a los ojos de cervatilla y su cuerpo elástico combinaba líneas graciosas con rotundeces prietas.

María Agrícola vivía aislada del mundo; don Juan Nopal y María Petra, el uno absorbido por las atenciones del ventorro y la otra entregada a los cuidados del hogar, se olvidaban de la rapaza, quien pasaba todo el día en el campo. Allí corría de peña en peña, mientras llevaba el ganado al abrevadero. Comía tunas y mezquites; reñía con el lobo, espantaba al tigrillo y lapidaba, despreciativa, al pastor su vecino que con sospechosas intenciones trató, más de una vez, de salirle al paso. Cuando la tarde se iba, echaba realada y canturreando una tonadita seguía a su rebaño, para dejarlo seguro en el corral de breñas, no sin antes conjurar a las bestias dañinas con palabras solemnes y misteriosas. Entonces regresaba a casa, consumía

una buena ración de tortillas con chile, bebía un jarro de pulque y se echaba sobre el petate, cogida por las garras del sueño.

La clientela de Don Juan Nopal iba en aumento. Por la venta desfilaban los caminantes: arrieros de la sierra, mestizos jacarandosos y fanfarrones, que llegaban hasta las puertas del tenducho, mientras afuera se quedaban pujando al peso de la carga de azúcar, de aguardiente o de frutas del semitropical, las acémilas sudorosas y trasijadas. Aquellos favorecidos charlaban y maldecían a gritos, comían a grandes mordidas y bebían como agua los brebajes alcoholizados. A la hora de pagar se portaban espléndidos.

O los indios que cargaban en propios lomos el producto de una semana entera de trabajo: dos docenas de cacharros de barro cocido, destinados al tianguis más próximo. Ocupaban aquellos tratantes el último rincón del ventorro. Ahí aguardaban, dóciles, la jícara de pulque que bebían silenciosamente. Pagaban el consumo con cobres resbaladizos de tan contados, para irse, presto, con su trotecillo sempiterno.

O los otomíes que, en plan de pagar una manda, caminaban legua tras legua, llevando en andas a una imagen a la que escoltaban diez o doce compadritos, los que, por su cuenta, arrastraban una ristra de críos, en pos del borrico cargado con dos botas de pulque cada vez más ligeras, ante las embestidas de los sedientos. Entonces los cohetes reventaban contra el cielo, las mujeres gimoteaban llenas de piedad y los hombres alternaban alabanzas con canciones muy profanas, acompañadas por una guitarra sexta y un organillo en melódica pugna. Llegados a donde Juan Nopal, se olvidaban del pulque para dar contra el aguardiente. A poco aquello echaba humo; los hombres festejaban a carcajadas la fábula traviesa y la ocurrencia escatológica o se empeñaban en toscos juegos de manos. Las hembras se apretaban unas con otras y, con la vista vidriada por las lágrimas vertidas, seguían bebiendo con el mismo fervor con que elevaban plegarias y jaculatorias. El santo de las andas yacía maltrecho en medio del recinto.

O la caravana que acompañaba un cadáver de tres días, encaramado sobre los hombros de los deudos que iban turnando periódicamente. A un cadáver que había trepado montañas, atravesado valles, vadeado ríos y oscilado en la negrura de los abismos, con afán de cortar la distancia medianera entre el pueblito perdido en la sierra y la cabecera del municipio donde el "derecho de panteones" constituía el tributo más productivo. Esta multitud doliente llegaba a la casa de Juan Nopal y, después de repetidas libaciones por la "salud del fiel difuntito", limpiaba la bodega, mientras el féretro, tendido en medio camino, tronaba macabramente.

Con aquella clientela, Juan Nopal hacía su vida. La paz cubría el techo del hogar montero. El horizonte se hacía mezquino, porque se estrellaba en la falda del cerro interpuesto entre los terrenos del otomí y el valle anchuroso.

Cuando aquella pareja instaló su tienda de campaña frente al ventorro de Juan Nopal, éste, sin saber por qué, sintió hacia los recién llegados una gran simpatía. El hombre era de un color blanquero, prominente abdomen y movimientos un poco amanerados. Usaba lentes como aquellos tipos que tanto hacían reír al indio, cuando los miraba retratados en los periódicos que casualmente llegaban a sus manos.

Todas las mañanas, el nuevo vecino salía paso a paso en busca de piedras, que traía después a su tienda. Por las tardes remolía los pedruscos y observaba el polvo cuidadosamente.

Ella era una joven delicada y tímida. Su físico no cuadraba con la indumentaria: pantalones de burda tela que hacían resaltar grotescamente las protuberancias glúteas, para regocijo de Nopal y de su clientela; botas de cuero aceitado y un sombrero de paja que se ataba al cuello con un listón rojo. Sin embargo, cuando el dueño del ventorro observaba las desazones que la vida cerril provocaba a la mujercita, sentía por ella inexplicable compasión.

El hombre parecía más acostumbrado a las molestias de la rusticidad; iba y venía con pasos inalterables. En ocasiones cantaba con voz ronca y potente algo que a Juan Nopal le parecía muy cómico.

Las actividades del extraño tenían intrigado al indígena. Los arrieros serranos le dijeron que, por las botas, los pantalones bombachos y el sombrero de corcho, se podía sacar en claro que el vecino era ingeniero. Desde ese día don Juan Nopal señaló al hombre de la casa de campaña con el nombre de "ingeniero".

Una tarde, María Agrícola llegó sofocada.

-Eh, viejo, -dijo al padre en su lengua-, ése al que tú llamas ingeniero, me siguió por el monte.

-Querría que le ayudaras a coger esas piedrotas que a diario pepena...

-¿Piedrotas? No, si parecía chivo padre...Daban ganas de persogarlo con bozal debajo de un huizache y voltearle en el lomo un cántaro de agua fría...

Los ojos del indio se encapotaron.

El "ingeniero" entró en la venta. Pidió limonada y empezó a beberla lentamente. Habló de muchas cosas. Dijo que era minero, que venía a buscar plata entre el lomerío. Que su esposa lo acompañaba nada más para servirlo...Que era rico y poderoso.

El indio sólo escuchaba: "Puesto que mucho habla, mucho quiere" -rumiaba para sí la sentencia que le enseñaron su padre-. "Pero el que mucho habla, poco consigue", agregaba como coletilla de su propia cosecha.

Cuando María Agrícola pasó frente a ellos, el indio notó en el "ingeniero" un sacudimiento y descubrió en sus ojos el brillo inconfundible.

Al otro día, el hombre repitió la visita, sólo que esta vez venía acompañado de su esposa. A don Juan Nopal le cautivó la suavidad de modales de la hembra, igual que la tristeza que había en el fondo de sus ojos verdes. La voz apagada de ella acarició el oído del ventero, al mismo tiempo que las manos largas y transparentes atrapaban su voluntad. Esa tarde la visita del minero le fue grata.

Las estancias del "ingeniero" en la tienda menudeaban. Bebía limonada mientras decía cosas raras que el indio apenas si penetraba... Mas, de todas suertes, reía y reía por lo mucho de cómico que encontraba en el palique.

-Bien, don Juan dijo el minero por fin-, tengo para tí un buen negocio.

-Tu mercé dirás -respondió el otomí.

-¿Está muy caro el ganado por acá? ¿Cuánto, por ejemplo, sale costando una cabrita?

-El ganado en esta tierra no se vende. Los pocos animales que tiene nosotros, los guardamos para cuando nos toque la mayordomía del Santo Nicolás, al que rezamos los de Bojay que es mi tierra, allá, trastumbando el cerro más alto que devisas detrás de las ramas de aquel pirul... O para el día en que nos visita el Santo Niño del Puerto. Entonces hacemos matanza y no respetamos ni las cabras de leche, porque viene harta gente.

-Bien, bien, ¿pero si yo te ofrezco diez pesos por una cabrita, tú serías capaz de vendérmela?

-Pos pué que ni así -respondió el indio aparentando pocas ganas de tratar.

-Diez pesotes, hombre; nadie te dará más... Porque lo que yo quiero pagar más bien es un capricho.

Don Juan no respondió; pero hizo una mueca que, de tan equívoca, cualquiera la hubiese tomado por una aceptación.

-Hay entre tu ganado, don Juan, una cabra que me gusta mucho, tanto, que ya vez el pago que por ella te ofrezco.

-Si tu mercé la quieres, tienes que pagarme en centavos y quintos de cobre... A nosotros no me gusta el billete.

-En cobres tendrás los diez pesos, hombre desconfiado.

-Si ya tu mercé tienes visto el animalito, ve por él al monte.

-Sólo que -dijo el minero con desfachatez -la cabra que yo quiero tiene dos patas.

-Ja, ja, ja, -rió el indio estrepitosamente-. Y yo que no quería creer a los arrieros serranos, ora sí estoy cierto; tu mercé estás loco... ¡y bien loco! Chivas con dos patas. ¡Será la mujer del demonche, tú!

-Chiva de dos patas llamo a tu hija... ¿No lo entiendes imbécil?

-preguntó amoscado el forastero.

El indio borró la sonrisa que le había quedado prendida en los labios después de su carcajada y clavó la vista en el minero, tratando de penetrar en el abismo de aquella propuesta.

-Dí algo, parpadea siquiera, ídolo -gritó enojado el blanco-. Resuelve de una vez. ¿Me vendes a tu hija? Sí o no.

-¿No te da vergüenza a tu mercé? Es tan feo que yo la venda, como que tú la merques... Ellas se regalan a los hombres de la raza de uno, cuando no tienen compromisos y cuando saben trabajar la yunta.

-Cuando se cobra y se paga bien no hay vergüenza, don Juan -dijo el "ingeniero" suavizando el acento-. La raza no tiene nada que ver... y menos cuando se trata de la raza que ustedes los indios quieren conservar... ¡Bonita casta que no sirve más que para asustar a los niños que van a los museos!

-Pos las chivas de esa clase no han de ser tan feas, ya que tu mercé te interesas tanto por una.

-Te he dicho que es tan sólo un capricho mío... A lo mejor tú sales ganando un nieto mestizo. Un hijo de blanco que será más inteligente que tú. Un mestizo que valdrá más de diez pesos en cobres.

-No, ese ganado no está a la venta -repuso don Juan con un tonillo que denotaba no haber entendido o no haber querido entender las últimas palabras de su cliente.

-Se necesita ser estúpido para no tratar. En la costa regalan a las indias vírgenes, sólo con la esperanza de que tengan un hijo blanco, porque aquella gente entiende que la mezcla de los hombres es tan útil como una buena cruz en los ganados; pero ustedes los otomíes son tan cerrados, que ni pagándoles acceden a mejorarse.

Ahora en los ojos de don Juan había una chispa. Chispa en la que no reparó en su fogocidad el blanco.

-Bueno, en vista de tu necedad, doblo la oferta. Veinte pesos por ella. ¡Veinte pesos en cobres de a cinco! No, no me la voy a llevar, porque las criadas indias en la ciudad son inútiles y puercas. Solamente quiero que le digas que se bañe y que la aconsejes para que no sea mala conmigo, que no me arañe ni me tire de patadas... Después te la dejo. No pago más que el silencio, porque a mí no me convendría que nadie se enterara, ¿sabes? -dijo mientras miraba hacia la tienda de campaña, donde la mujer blanca recosía ropa, sentada cerca de la puerta.

-No, tu mercé eres mala gente. Ya te digo que por'ay no l'entro... ¡Y de paso, pos pagas tan pocos fierros!

-Veinticinco pesos en cobres... En cobres, ofiste -ofreció terminantemente el comprador.

-Te voy a enseñar a tu mercé a tratar ganados -dijo pachorrudamente el otomí, mientras sacaba una bolsa gruesa del cajón del mostrador-. Aquí hay cien pesos en cobres... Y como yo creo con tu mercé que las cruizas son buenas, quisiera yo también mejorar mi casta. Pero la mía, no la ajena. Cien pesos que te doy por tu mujer. Tráimela, yo no pongo condiciones... Aunque me arañe, me muerda y me patié. Yo no pago el silencio, eso te lo doy de ribete; puede tu mercé contarlo a todo el mundo. Tampoco te pido que la bañes, déjamela así.

Entonces el que permaneció en silencio fue el "ingeniero".

-Tu mercé te la llevas, a mí aquí en el monte no me sirve... ¡Capaz de que se quebre! Tu mercé cargas con ella; pero eso sí, con la garantía de que pronto tendrás un mestizo bonito y trabajador que te diga papá... Son buenas las cruizas de sangre; pero lo mejor de ellas es que se pueden hacer lo mismo de macho a hembra que de hembra a macho... ¿O qué opinas tu mercé?

-Pero esto es bestial... Se te ha soltado la lengua, ídolo.

-Resuelve luego -continuó Juan-, porque yo cuando me alboroto luego me da por retozar. Cien pesos en cobres; ninguno te dará más, porque está tan canija, si apenas que con su peso levanta la vara de la romana. No merco ni la carne ni el pellejo, sólo te compro a tu mercé el modito de ella... Pero si no te gusta este trato, tengo otro que proponerte... ¡Tu dirás!

La mirada de ambos coincidió entonces en un solo punto. Cuatro ojos se clavaron en un machete que colgaba del mostrador al alcance de la mano del indio.

-¡Cien pesos por un modito, señor ingeniero! -repitió con retintín don Juan. En su boca había una sonrisa que rivalizaba en frialdad con la hoja de acero.

A la mañana siguiente, don Juan Nopal se sorprendió de no encontrar frente a su casa la tienda de campaña del "ingeniero". Había sido desmontada precipitadamente antes de la media noche. El amanecer había sorprendido a los fugitivos blancos en la cumbre del cerro de "El Jilote".

María Agrícola, irguiendo el cuerpo fino y flexible, como las armas de los flecheros, dejaba que el aire revoliera el negror de sus trenzas, mientras veía cómo una polvareda se alzaba por allá, cerca de la barranca de "El Cántaro", punto cercano a la vía del ferrocarril.